

## Reparar la culpa

Hasta ahora hemos considerado el duelo por una pérdida valiosa. Éste es el duelo de las dos caras: la que reluce por el regalo obtenido y la que se aflige por su temporalidad y finitud. Frente a él tenemos el duelo de una sola cara, el que no llora la pérdida de un valor conseguido y otra vez despedido, sino la negligencia en la consecución de un valor.

¿A quién no le duelen las malas decisiones que nosotros mismos hemos tomado y que nunca más tendremos la oportunidad de revisar? ¿Quién no siente en el corazón un profundo pesar por determinadas acciones imprudentes y estúpidas que hemos cometido y de las que más tarde nos arrepentimos? Algu-

nos hemos tenido a veces la intención de hacer algo malo, aunque atribuir malas intenciones a los demás sea un juego sucio bastante practicado entre amistades. Sin embargo, la mayoría no deseamos los despropósitos que causan las malas intenciones ni, particularmente, la posibilidad de sentido que se desperdicia por el descuido. Se han producido por timidez, cansancio, vacilación y descuido en el momento equivocado; y el momento decisivo ya ha pasado irremediamente.

Todo esto no es malo si se puede reparar. Una aclaración del error, una explicación razonable o una «confesión» conveniente ayudan a esclarecer las cosas, e incluso una muestra de buena voluntad sirve para limar asperezas. Pero ¿qué puede mitigar el dolor del corazón cuando la reparación no tiene lugar porque, por ejemplo, la persona por la que nos sentimos culpables ya no vive? Ciertamente, el duelo tendrá entonces sus dos caras, pero una será más desgraciada que la otra porque ya no podrá aspirar con pleno derecho a ser el espejo de la riqueza. En ella se reflejan las ocasiones frustradas que se han dejado escapar a lo largo de la vida. A pesar de ello, el amor también pervive en este duelo. Valga el siguiente ejemplo para demostrarlo.

*Un padre sufrió la pérdida de su hija. Durante las obras de reforma de su vivienda, y sin que él se diera cuenta, la niña había caído en un barreño de agua de cal y se había ahogado. El padre se inculpó con vehemencia por no haber tapado el barreño con tablones o con una lona protectora.*

*Le expliqué a aquel padre un episodio de mi infancia en Viena. Una tarde de verano, mi madre me sujetó su reloj a la muñeca y me dio permiso para ir a jugar con la pelota al parque Schönbrunner. Tenía que volver a casa a las seis de la tarde, pero el reloj se paró a las cuatro. Estuve jugando sin figurarme lo sucedido, y como veía que las manecillas del reloj no llegaban a las seis, yo seguía en el parque. Al final oscureció, lo cual me pareció sorprendente, y volví a casa. Igual de sorprendida me quedé al ver que mi padre, que nunca llegaba antes de las ocho, me abría la puerta. Apenas me vio, cayó sobre mí una lluvia de bofetadas. No entendía lo que pasaba. Mi madre murmuró que ya se había hecho tarde para cenar y me mandó directamente a la cama. Tampoco hallé en esa orden tan clara explicación alguna para aquellos sucesos tan singulares. Me fui a lavar, me quité el reloj de mi madre y me acurruqué bajo la sábana.*

De repente, el dormitorio se iluminó y mis padres se acercaron a la cama. Se arrodillaron y me pidieron perdón (por lo visto, descubrieron la avería del reloj y la relacionaron lógicamente con mi falta de puntualidad). Mi madre, abatida, me trajo una sopa caliente, y mi padre admitió haber perdido los estribos debido, tal como recalcó, a la enorme preocupación. Mi larga desaparición le había inquietado terriblemente, incluso había querido llamar a la patrulla de policía y tomar otras medidas para localizarme. Nunca olvidaré el momento que pasé aquella noche: ¡Disfruté al máximo de la situación! ¡Superaba incluso mis sueños más atrevidos! Poder tomarme la sopa en la cama, tener a mi padre de rodillas... ¡Era como celebrar el cumpleaños y la Navidad a la vez!

«Sus padres son envidiables —exclamó el afligido padre al acabar mi relato—. Usted pudo reparar su descuido, pero yo ¿qué puedo hacer?» «Exactamente lo mismo —le respondí—, con una diferencia insignificante. Hágalo en su fantasía. Vaya a visitar a su hija a un lugar en el que usted se halle íntimamente próximo a ella. Quédese allí, cierre los ojos y deje que se forme la imagen de la niña. Entonces, pídale perdón por no haber asegurado el barroño y déjese sorprender por su respuesta.» El padre

siguió mi consejo y experimentó una inmediata sorpresa. En su ejercicio de fantasía, la niña rondó sonriente por su cabeza. «Pero papá —surró—, no estés triste. Tú me has querido, y eso es lo único que cuenta.» El hombre juró que nunca había deseado escuchar aquel mensaje. Incluso llegó a notar de manera misteriosa los dedos de su hija sobre la frente. A partir de aquel día cesaron sus atormentadas autoinculpaciones.

*La disculpa sincera a los vivos o a los muertos es una clave para la salvación.*

Las personas que no se han despedido de alguien por las buenas tienen que recuperar a toda costa ese momento, al menos en su imaginación. El terreno del espíritu es amplio y no se acaba en los límites entre aquí y allá. Va más allá del espacio y el tiempo. Si en nuestro mundo físico somos capaces de enviar y recibir información sin necesidad de hilos, con más razón podremos también hacerlo en el mundo metafísico. Por ello, allí donde el duelo se mezcla con sentimientos de culpa, pedir perdón es el vehículo de la reparación. Podemos ser escuchados o no, pero desde luego hay que intentarlo. Son erróneos los juicios que los vivos hacen sobre nosotros. Nuestros

congéneres no viven en nuestra piel ni en nuestros dilemas. Sin embargo, los que ya se encuentran más allá de los intrincados juicios terrenales miden con pautas divinas.

Las personas que han sufrido una desgracia se niegan a veces a practicar el duelo. No se dejan conducir a través de las puertas de la comprensión que empiezan a dibujarse, sino que se empeñan con todas sus fuerzas en no querer darse cuenta de lo sucedido o buscan airadamente un chivo expiatorio, siendo este último un recurso aparentemente aliviador. Lo que intentan estas personas al enojarse con el causante o los causantes de su desgracia es hacer elocuente el apego que sentían por el valor perdido. Sin embargo, ¿quién puede apreciar correcta y objetivamente el complejo encadenamiento de causas de una desgracia cuando, encima, se halla bajo un peso emo-